

EDIL SUSANA ESCUDERO: Sra. Presidente, muchas gracias. Buenas noches a todos, a todos los compañeros Ediles que forman parte de este Cuerpo y el beneplácito del reencuentro para el inicio de las tareas para las que fuimos designados.

Hoy, en este espacio, en nombre de la Bancada del Partido Nacional a quien represento y que me ha distinguido con esta designación, deseamos hacer un recordatorio.

Cuando hablo de recordatorio hago alusión a un hecho fáctico que pasa por nuestra mente, pero también por el corazón, eso es simplemente un recordatorio, significa que no sólo es digno del recuerdo, sino que además tiene tal connotación que impacta en los sentimientos y deja ejemplos inmarcesibles.

Claro que cuando realizamos un recordatorio, que me lleva a preparar algunas expresiones sobre este acontecimiento que ha ocurrido en nuestra historia, necesariamente debemos referirnos a datos biográficos porque es ineludible.

Pero hoy, no pretendemos hacer un discurso, ni una gran elocuencia, sino una elucubración, una valoración de un hecho que nos ha dejado muchísimo, especialmente a mi Partido que siempre lo conmemora. Se imaginarán a esta altura que me estoy refiriendo a un gran hombre, a un héroe: José María Leandro Gómez Calvo.

Cada 2 de enero y este próximo pasado se ha recordado los 155 años de su injusta muerte, al ser fusilado ante un triste paredón en Paysandú. Fueron conducidos con sus oficiales a los fondos del comercio que se llamaba "El ancla dorada" y allí de pie y tan sólo pronunciando un "Adiós mis queridos hijos", moría fusilado junto con sus compañeros Braga, Fernández y Acuña, a manos de quien decretaba la ocupación, siendo que en su mano portaba la carta de garantía de su vida enviada por orden de Flores, pero que una contraorden del General Gregorio Suárez, fue fusilado.

Ese fue el fin, un 2 de enero de 1865 después de la heroica defensa de Paysandú, luego de que la escuadra de Tamandaré con las cañoneras Del Monte, Paraguay, Regente, Ibiaí, Araguaí, bloquearon la ciudad, desde el 6 de diciembre con un ejército combinado en tierra y agua que sumaron unos 16000 hombre al mando de Mena Barreto y Flores, a una ciudad defendida por 1086 hombres de la defensa, con escaso armamento, pocas piezas de artillería de poco alcance, escasísimas municiones y a la espera de refuerzos que nunca llegaron.

Avasallaje, claro que sí, avasallaje o independencia o muerte.

Una ciudad arrasada, 33 días de asedio a la plaza, destrucción total del pueblo, donde vio transformado su amado suelo en una inmensa hoguera, donde las familias fueron evacuadas a una Isla argentina que pasa a llamarse "De la Caridad" y donde los hombres jóvenes decidieron quedarse y defender su tierra y un capítulo muy especial a muchas mujeres, que, con sus compañeras, la esposa del Dr. Mongrel y muchas quedaron para curar a los heridos. Sería infinito poner el nombre de los hombres y mujeres de ley que permanecieron.

Entonces, qué es lo que queremos hoy, referirnos a un hombre, que no fue vencido ni aún vencido, no se sintió un esclavo aunque fue perseguido, despojado, violentado sus inalienables derechos y fiel a sus principios y convicciones, cuando muchos arriaban el pabellón de la patria, que lució hasta último momento en el campanario de la iglesia, entregando así el "rico patrimonio de los Orientales al bajo precio de la ignominia o la necesidad", pensamiento este de la más pura estirpe antigüista, que no claudicó ante las flaquezas de los humanos y que no titubeó en pensarse bravo ante ese trémulo pavor que toma a todos los hombres y arremetió ferozmente, como lo dijo, hasta sucumbir".

(Frase inmortal, lacónica respuesta a las exigencias de rendición que envió Flores y que pronunció el 3 de diciembre de 1865 y no se entregó).

Es recordar una personalidad, su heroísmo y el legado que nos deja a todos que va más allá de reconocer a la Heroica Paysandú y reflexionar, para cuando hablamos de la defensa de nuestra soberanía, para cuando hablamos de la independencia de nuestro suelo o de la libertad, de todo

lo que los prohombres de la Patria nos han dejado, en definitiva como lo establece Francisco Bernádez “recién al final comprendemos que lo que el árbol tiene de florido y hermoso viene desde abajo, desde lo que no se ve y lo tiene sepultado bajo tierra: sus raíces”. ¡Pobre de los pueblos que no honran y recuerdan sus raíces!

El ejemplo de Leandro Gómez, en su tiempo y para todos los tiempos es el de ser siempre fieles guardianes de nuestro suelo, de nuestra independencia, de sus estructuras, de nuestro sistema democrático.

Él nos demostró con su vida de sacrificio y generosidad, siendo un hombre de familia, con obras concretas y no meras palabras, que era un constructor de libertad en el más elevado concepto.

Sobre sus pensamientos se erige la libertad demostrada en sus múltiples acciones, porque no fue solamente un militar que llegó a ser General del Ejército Nacional, porque pensó en la educación de su gente y fundó una Escuela: Escuela Hiram en Salto, gratuita y laica, sostuvo que iguales derechos con iguales títulos para ser más ilustrados.

Así tuvieron oportunidad de educarse los hijos de las familias más pobres de aquel lugar, cabe destacar que uno de sus alumnos más destacados fue Horacio Quiroga.

Hombre que estuvo en primera línea en la epidemia de la fiebre amarilla.

No creemos que esto sea un panagérico, pero creemos que es de estricta justicia hacer saber a los uruguayos la vida de hombres que dieron tanto por la Patria.

Las balas no pudieron aniquilar sus anhelos que hoy son nuestro destino. Hoy más que nunca nuestra sociedad precisa detener su marcha agitada y a veces conflictiva para mirarse en estos hechos. Podríamos extendernos en estas vidas admirables de coraje, gallardía y honor.

Pero sí, reconocemos que es un símbolo de la dignidad, un soldado porque así lo prefirió, un político en el sentido de ser servidor público y de compromiso moral y ético de honradez con la comunidad, con rectitud, de aquellos que sintieron la responsabilidad ante el derecho, un derecho solidario y murió como vivió.

Al decir del poeta de la Patria: “vivir la vida de tal suerte que viva permanezca en la muerte”.

Vencedor hubiera sido grande, vencido es inmortal.

Y permítanme, después que sus restos deambularon por muchos lugares, llegan al Cementerio Central y se decide ahí realizar la conmemoración y acá están las palabras de Acevedo Díaz que sentenció ante su tumba, diciendo:

“Esta urna no encierra tan sólo restos helados, ella simboliza los principios de la verdad y la justicia que se sobreviven a los hombres y a los tiempos, principios invencibles de que el héroe fue carne y acción, que en este día de apoteosis por aquí vagan con su sombra como genios tutelares de nuestra vida y de nuestro pensamiento.

Nadie podrá remontar la corriente de nuestra historia contemporánea sin sentirse profundamente subyugado ante este gran ejemplo de virtud cívica, porque nunca se confió a más esforzado prócer el honor de la República y en el brazo más robusto, el mástil de su bandera”. Muchas gracias.